

El hundimiento del populismo indianista en Bolivia

Franco Gamboa Rocabado¹

Yale University

Correo electrónico: franco.gamboa@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2634-0997

Resumen

Este artículo tiene el propósito de estimular la discusión sobre qué sucedió con las interacciones discursivas en Bolivia que enaltecieron las raíces indígenas y cuáles fueron algunas acciones políticas desarrolladas por Evo Morales y su partido, el Movimiento Al Socialismo (MAS), que finalmente desembocaron en varias contradicciones hasta la caída de Evo en noviembre de 2019. Es relevante analizar cómo el populismo indianista en Bolivia tuvo una fuerte raigambre popular y, de súbito, abandonó el poder. La hipótesis plantea que Evo Morales ofreció convertirse en un equilibrio refundacional del sistema político, desarrollando un estilo de

1 Franco Gamboa es sociólogo político. Se educó en Bolivia, Estados Unidos e Inglaterra. Actualmente es miembro de Yale World Fellows Program en Yale University. Fue investigador del Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (2013-2014), del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) (2014-2015), y del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) donde ganó la beca andina en dos oportunidades (2012-2016). Asimismo, fue jefe del proyecto de Apoyo a la Asamblea Constituyente en Bolivia en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Su actividad profesional ha combinado el asesoramiento a instituciones públicas como los Ministerios de la Presidencia y de Gobierno, y a organismos de cooperación al desarrollo como la UNESCO, el BID y USAID, junto con la investigación y el estudio crítico de la democracia en Bolivia. Ha ganado las becas más competitivas como la Joint Japan/World Bank Graduate Scholarship Program; Chevening del Reino Unido, Yale World Fellows de Estados Unidos y una beca del Consejo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT) del gobierno de Chile. Fue catedrático Fulbright en las Universidades Marymount y Georgetown de Estados Unidos, en el periodo 2022-2024. La Paz, Bolivia.

gobierno que únicamente llevaba a cabo una constante campaña electoral, con la finalidad de instalar una nueva élite en el poder, instrumentalizando las movilizaciones sociales y el discurso indianista que denunciaba la incompatibilidad entre democracia y colonialismo interno. Sin embargo, Evo no representó ningún tipo de equilibrio, sino que puso en marcha una polarización constante y destructiva al dinamizar la lógica de enfrentamiento entre el sectarismo del MAS versus los enemigos neoliberales.

Palabras clave: Colonialismo interno, Crisis de Estado, Descolonización, Democratización, Polarización ideológica.

The collapse of Indianist populism in Bolivia

Abstract

This article aims to stimulate discussion about what happened to the discursive interpellations in Bolivia that exalted indigenous roots, and which political actions were taken by Evo Morales and his party, the Movement for Socialism (MAS), that ultimately led to several contradictions until Evo's fall in November 2019. It is relevant to analyze how Indianist populism in Bolivia had a strong popular foundation and then, suddenly, lost power. The hypothesis suggests that Evo Morales proposed to become a refounding balance within the political system, developing a style of governance characterized solely by constant electoral campaigning, with the intention of installing a new elite in power by instrumentalizing social mobilizations and the Indianist discourse that denounced the incompatibility between democracy and internal colonialism. However, Evo did not embody any kind of balance, but rather set in motion a constant and destructive polarization by encouraging the logic of confrontation between MAS sectarianism and its neoliberal enemies.

Key words: Internal colonialism, State crisis, Decolonization, Democratization, Ideological polarization.

Fecha de recepción: 15 de septiembre de 2025

Fecha de aceptación: 28 de octubre de 2025

Introducción

En toda América Latina resurge, una vez más, la preocupación sobre qué tipo de democracias han ido evolucionando en los últimos treinta y ocho años. Existen muchos datos donde el deterioro de las democracias y el avance de distintas formas de autoritarismo obligan a repensar cómo reencauzar la consolidación de la democracia (Nord et al., 2025). ¿Se trata de una democracia con calidad, sin calidad, o en todo caso se tiene una ilusión sobredimensionada para satisfacer casi todas las expectativas sociales de la vida diaria? ¿Cuáles son las nuevas amenazas que el populismo del siglo XXI trajo con los llamados liderazgos del giro a la izquierda en Venezuela, Bolivia o Nicaragua? ¿Se trata de un debilitamiento, retroceso o imposibilidad de tener un conjunto de democracias legítimas? ¿Se puede calificar a los gobiernos populistas como poliarquías de baja calidad o regímenes semi-autoritarios, que llevan a cabo elecciones de una manera solamente formal para esconder las verdaderas preferencias que favorecen, más bien, a los presidencialismos autocráticos?

Estas preguntas plantean diversas respuestas y confirman que varios gobiernos de la región están lejos de impulsar una institucionalidad democrática duradera; es decir, lejos de tener aparatos estatales eficientes, abiertos al escrutinio público y capaces de ser catalizadores del bienestar social. Así destacan algunos casos que se convirtieron en callejones sin salida, como la grave descomposición de Venezuela con Nicolás Maduro, las tendencias dictatoriales de Daniel Ortega en Nicaragua y un tipo de populismo indianista como el gobierno de Evo Morales en Bolivia, cuyos 14 años de gobierno (2006-2019) terminaron en una profunda crisis de gobernabilidad y su renuncia el 10 de noviembre de 2019. Morales hizo fracasar las elecciones presidenciales de octubre de 2019, en su intento por lograr una reelección indefinida, y terminó con serias denuncias de fraude que condujeron a un agitado debate político al interior de la Organización de Estados Americanos (OEA, 2019).

Este ensayo tiene el propósito de estimular la discusión sobre qué sucedió con las interacciones discursivas en Bolivia que enaltecieron las raíces indígenas y cuáles fueron algunas acciones políticas desarrolladas por Evo Morales y su partido, el Movimiento Al Socialismo (MAS), que desembocaron en varias contradicciones hasta la caída de Evo en noviembre de 2019. Es relevante analizar cómo un partido con raigambre popular y aspiraciones hegemónicas abandonó súbitamente el poder luego de ganar consecutivamente tres elecciones presidenciales (2005, 2009 y 2014).

La decadencia y posterior hundimiento se debió a una crisis de la estrategia populista que reivindicaba al mundo indígena como la esencia humillada históricamente, en contraposición a las clases medias, los partidos tradicionales de representación política deslegitimada y las élites económicas privilegiadas, calificadas como un eje social racista. Esto generó un divisionismo muy profundo que fue controlado por medio de acciones represivas en contra de la oposición y, simultáneamente, a través del pago sistemático de bonos de carácter social, los mismos que no tuvieron sostenibilidad financiera respaldada en políticas sociales bien diseñadas. Morales y su entorno creyeron que el pueblo necesitaba en efecto una demostración de éxito revolucionario con carácter inmediato, aprovechando la inyección de millones de dólares provenientes de la renta petrolera.

La hipótesis de este ensayo sostiene que Evo Morales ofreció convertirse en el equilibrio refundacional del sistema político, desarrollando un estilo de gobierno que llevaba a cabo una constante campaña electoral, con la finalidad de instalar una nueva élite en el poder, instrumentalizando las movilizaciones sociales y el discurso indianista que denunciaba la incompatibilidad entre democracia y colonialismo interno (Albó y Barrios, 1993). Morales, sin embargo, no representó ningún tipo de equilibrio, sino que ahondó la polarización constante al dinamizar una lógica de conflictos entre el sectarismo de los defensores del llamado Estado Plurinacional versus los enemigos neoliberales de los años 90. Evo Morales quiso significar el principio y el fin de la lucha libertaria del pueblo, hasta considerarse simplemente insustituible. Al mismo tiempo, el sindicalismo cocalero del cual provenía impulsó una administración del poder ligada al complejo circuito coca-cocaína, el cual rápidamente corrompió varias instituciones del gobierno. Todas las zonas cocaleras reclaman su propia soberanía política, desafiando tenazmente la legitimidad del Estado (Navia, 2015; O'Grady, 2019; Castañeda, 2019). El MAS en el poder apareció como una nueva ideología antiimperialista y descolonizadora, utilizando al indianismo como interpelación populista para reconstruir el orgullo de los indios sojuzgados; sin embargo, el populismo indianista en Bolivia no pudo evitar la reproducción constante de clivajes sociales y culturalistas de tipo violento. El MAS y Evo Morales se apropiaron del indianismo para reproducir un discurso populista y clientelar, desvirtuando las potencialidades de un sistema democrático que haga justicia con la inclusión positiva de las masas indígenas, como ciudadanos legítimos y también portadores de una contribución substancial a una democracia multicultural.

El telón de fondo

Las interpelaciones ideológicas del populismo indianista se reprodujeron dentro de una “lógica dual” que siempre caracterizó a las posiciones utópicas, porque dicha lógica endiosa a unos actores y condena o excluye a otros. El diagnóstico político del indianismo plantea una interpretación de la historia donde, por un lado, estaríamos viviendo un ciclo largo de dominación cultural y, por otra parte, la lucha por el poder generaría un proyecto de transformación utópico-político. Los defensores indianistas de la descolonización trazan, entonces, los límites del adentro y del afuera: de una Bolivia minoritaria y de aquella mayoritaria, que representaría a la “sociedad realmente existente”: a) Bolivia india, versus la “sociedad deformada-dominante” de corte occidental: b) Bolivia criolla, mestiza y blancoide (q’ara, en aymara). ¿Por qué estas concepciones utópicas y políticas se adhirieron a una lógica de polarización dual? Por animosidad histórica, al colocar el concepto de “etnia” o “nación indígena” por encima de toda la sociedad boliviana y engrandeciendo solo a las culturas originarias como fundadoras de una verdadera sociedad sin dominación.

Si la teoría del colonialismo interno pudo constituirse en una ciencia social para el mundo indígena, fue porque creyó en la existencia de una sociedad sujeta a leyes, donde el ideal utópico del regreso al ayllu y al Incario debía perseguirse como una predestinación. Este ideal está ideológicamente inspirado en lo que se supone es el “deber ser” de una sociedad. De ese modo, los descolonizadores: Evo Morales, el MAS y otros líderes de izquierda, creyeron que era su obligación trazar líneas demarcatorias sobre la llamada sociedad colonial boliviana y decidir así sus márgenes, sus interiores –sus adentros y sus afueras–, pero cuando se tuvo el poder en las manos desde el gobierno, el arte de definir quién quedaba adentro y quién estaba afuera se transformó en una oportunidad autoritaria para plasmar una utopía regresiva y antidemocrática que añoraba el pasado del Kollasuyo, sabiendo que vivíamos en otra época. Esta utopía regresiva es la que determina la ideología del populismo indianista y va más allá de las teorías que definen al fenómeno populista, ya sea como un tipo de liderazgo caudillista, un significante vacío o un fenómeno premoderno (Laclau, 2005; Germani, 1978; Di Tella, 1965; Ianni, 1975).

El populismo indianista se caracteriza, fundamentalmente, por definir a la democracia como un tipo de gobierno multicultural, pero sujeto a las tradiciones indígenas milenarias, motivo por el cual el sistema democrático es, únicamente, una oportunidad instrumental para ser aprovecha-

da, en función de la instauración de una hegemonía india y un nuevo tipo de sectarismo de los movimientos y las identidades indígenas, quienes se posicionan por encima de las clases medias urbanas y, sobre todo, dominando políticamente a largo plazo, sin la posibilidad de alternancia en el poder, a pesar de apoyar las elecciones democráticas de manera formal (Knight, 1998; Panizza, 2005). La propuesta y convicción para reelegir a Evo Morales se enraizó profundamente y popularizó rituales indigenistas que trataban de estimular lealtades políticas de manera simbólica.

El MAS y Evo celebraban la fecha de inicio de su primer mandato junto al día del Estado Plurinacional, cada 22 de enero, con la intención de transmitir la visión del horizonte cultural indígena. Estas acciones eran una especie de almácigo que contendría las posibilidades ideales de una sociedad que superaría el conflicto entre clases y etnias. Sin embargo, esta posibilidad siempre exhalaba confrontación y nublaba el contexto internacional para forzar un atrincheramiento mirando hacia el pasado: la regresión al incanato, algo desaparecido y desconocido, pero útil para la movilización populista de vastos grupos rurales y migrantes indígenas en las áreas metropolitanas.

En esta situación, las utopías regresivas no comprendieron el presente democrático porque no supieron darse cuenta de que ni el pasado ni el futuro existen. Estos perfiles temporales son únicamente proyecciones psicológicas del presente y es por esto que sus propuestas utópicas no respondían a los desafíos actuales de las políticas públicas en cualquier ámbito del Estado. La fascinación dual de las utopías regresivas: indio y blanco, el adentro de la Bolivia india y el afuera de lo occidental destructivo, fue un producto del afán por simplificar la economía, la sociedad, la política y la democracia (Mires, 1994), para apoyar, en todo caso, un conjunto de utopías represivas, con el objetivo de rechazar y borrar toda expresión alternativa occidental, modernizadora y relacionada con la globalización.

De esta forma, el populismo indianista se presentaba como una ideología que establecía qué era lo importante y qué lo superfluo, lo principal y lo secundario, qué era lo que debía eliminarse y qué debía favorecerse. Esta lógica dual es fuertemente discriminatoria y poco útil para avanzar siguiendo las exigencias democráticas.

Con la caída de Evo Morales en noviembre de 2019, el pensamiento indianista en Bolivia ha llegado a su fin. Ya no representa una forma de comprensión desafiante para explicar una serie de conflictos y problemas de la identidad colectiva boliviana, porque sencillamente quedó anquilosado en consignas que, asimismo, se convirtieron en interpelaciones poco

favorables y carentes de valores éticos para impulsar las conductas colectivas en el siglo XXI.

Básicamente, el indianismo enmarcado dentro de la teoría de la descolonización resaltó y reforzó con demasiado énfasis las esperanzas por preservar el legado del viejo imperio de los incas y las aparentes bondades del Tawantinsuyu. Este es un pasado que, bajo la mirada indianista, hubiera sido siempre mejor y superior a la degradante violación de la conquista española. En otras palabras, se trata de un pensamiento que tiene el objetivo de conservar diferentes costumbres de carácter premoderno rechazando, al mismo tiempo, todas las metas normativas del mundo occidental, tanto en el terreno técnico, científico, cultural como económico.

Esta orientación ideológica es un enfoque que defiende a la sociedad incaica como un tipo ideal virtuoso y modelo a seguir, para luego reconocer una supuesta identidad profunda: la identidad india, una especie de añoranza que apunta hacia el pasado, pero condenándolo permanentemente porque si no hubieran venido los colonizadores, nada malo habría sucedido en Bolivia o en todo el continente Abya Yala. Esta angustia no tiene sentido luego de haber transcurrido más de 500 años. En todo caso, representa un rechazo irracional al desarrollo histórico y a las transformaciones evolutivas, encapsulando el pasado indígena como si fuera un único momento de verdadero comienzo y fin de la humanidad.

El error del indianismo radica en la desgastada tensión entre los principios universales del mundo occidental y los valores particulares del pensamiento indio que es, a la vez, naturaleza, comunitarismo, igualdad y energía telúrica. El indio como tierra que piensa, identifica cuatro elementos de la civilización occidental que debían ser completamente eliminados porque esclavizan a los indios de América: el derecho romano, el código napoleónico, la democracia francesa y el marxismo-leninismo. Por lo tanto, el indianismo constituiría un tipo de pensamiento que es la voz de un silencio de 500 años y fuerza liberadora con la misión de sepultar al pensamiento de Europa (Reinaga, 1969).

El indianismo no logró, sin embargo, liberar ninguna sociedad como proyección revolucionaria. Solo fue un intento de crítica historicista para ganar un espacio en el escenario democrático. De hecho, fue la democracia representativa el régimen político que le dio una oportunidad al indianismo para contribuir a la búsqueda de políticas igualitarias y acciones democratizadoras. Pero el pensamiento indianista fue totalmente instrumentalizado por el MAS y Evo, que lo divulgaron como una ideología que justificaba el ejercicio clientelar del poder de algunos dirigentes

indígenas. Si éstos cometían actos de corrupción, abusaban de su autoridad y no lograban mejorar las condiciones de pobreza del área rural, el indianismo instrumentalizado iba a servir como un espíritu indulgente y argumento para justificar todo acto de corrupción.

Así se hizo la vista gorda en una serie de arbitrariedades clientelares, linchamientos y conductas pragmáticas que caracterizaron a la acción política de los defensores del indianismo. En cierta medida, el MAS pervirtió al indianismo, pero este tampoco se puso en guardia porque su radical rechazo de las esferas política y cultural de la modernidad occidental se diluyó en la aceptación, con frecuencia entusiasta, de los adelantos tecnológicos y la oferta de buenos cargos, aunque solamente para algunos. Evo Morales consiguió articularse con importantes grupos organizados de campesinos sindicalizados y colonizadores que conformaron la Coordinadora Nacional del Cambio (CONALCAM), la Confederación Sindical de Comunidades Interculturales de Bolivia (CSCIB) y el Pacto de Unidad, con quienes promocionó la idea de una descolonización rebelde y un proceso de cambio irreversible que, en los hechos, reprodujo dinámicas de patronaje político, al entregar \$US 19.377.081 para sedes sindicales en el periodo 2011-2015, a través de la Unidad de Proyectos Especiales del Ministerio de la Presidencia (Ortiz, 2017: 5). Con esto se aseguraba una lealtad política duradera, clientelar y patrimonializada desde los gastos estatales, bajo el manto de un discurso desafiante ligado al poder indígena (Farthing, 2019).

Tanto el sindicalismo indianista como el campesino se encargaron de atestiguar cómo las ideologías de la descolonización y el pensamiento indio sirvieron de cortinas de humo para las estrategias prebendales de la acción mestiza del MAS y otras fracciones que, viendo con mayor detenimiento, estuvieron invariablemente cómodas con la modernidad occidental y la estructura de poder construida por el ex Vicepresidente Álvaro García Linera, para quien la revolución india se convertiría en una estrategia utilitarista que tenía el objetivo de instalar nuevas élites, con un decoro solamente discursivo a favor de los indios en el poder. El poder sería ejercido, no por el pensamiento indianista, sino por la astucia criolla para proseguir con las raíces de un Estado administrado discrecionalmente (McDermott, 2014).

Es también muy probable que hayan existido tensiones positivas dentro del movimiento indianista para contribuir verdaderamente a la democracia, tanto con políticas redistributivas, como por medio de acciones que guíen la toma de decisiones con mayor efectividad dentro del gabi-

nete de Evo. Asimismo, no se puede descartar la lucha de sectores sindicales dentro de la Central Indígena del Oriente Boliviano (CIDOB), que buscaron reorientar varias decisiones como, por ejemplo, oponerse a la destrucción de los ecosistemas en el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure (TIPNIS), cuando el régimen del MAS forzó la construcción de una carretera que iba a destruir el territorio protegido. De cualquier manera, la fuerza democratizadora y las orientaciones críticas del indianismo fueron truncadas, o se quedaron a medio camino, cuando se sometieron a las previsiones electorales para apoyar la reelección de Evo, socavando el potencial transformador de la democracia multicultural en una Bolivia posmoderna (Wanderley, 2018).

El rechazo de otras formas de representatividad política por parte de los partidos tradicionales que gobernaron entre 1985 y 2005 derivó en una crisis que hizo posible el salto del indianismo como alternativa democratizadora y condicional aporte a la fundación del Estado Plurinacional. De todos modos, este impulso fue desviado por los líderes indianistas del MAS, destruyéndose un valor mínimo: ser fiel a lo que profesaban en la crítica de los 500 años de colonialismo. El indianismo jamás le pidió rendir cuentas a Evo Morales, aceptando, sin más, la depredación del medio ambiente, los terribles incendios en septiembre de 2019 que hicieron desaparecer cerca del 40 por ciento de la Amazonía virgen en el oriente de Bolivia, evitando también que los funcionarios indígenas puedan implementar verdaderos proyectos de desarrollo para combatir la desigualdad. En la actualidad, Bolivia sigue teniendo uno de los porcentajes más altos de desnutrición y pobreza rural de América Latina y la inseguridad alimentaria más dramática en las comunidades indígenas dispersas, tanto andinas como amazónicas (FAO, 2018).

El indianismo tampoco superó sus actitudes intransigentes en la acción política, ni el pragmatismo para aceptar acríticamente cargos bien pagados. Evo cooptó hábilmente a los principales dirigentes de la Central Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) y del Consejo Nacional de Ayllus y Marqas del Kollasuyo (CONAMAQ). Finalmente, el indianismo se fue apagando en la globalización actual, derretido ante la fuerza de nuevas perspectivas de la democracia multicultural que también posee el pensamiento occidental y defiende los derechos colectivos de las diversidades sociales, étnicas y sexuales, toda una lucha dentro de los procesos de construcción de ciudadanía e institucionalización de un sistema democrático saludable.

El daño a la democracia y a la sociedad boliviana consistió en la transmisión de un discurso de revolución, utilizando a las instituciones democráticas para reivindicar la inclusión indígena y luego rechazar cualquier límite a las arbitrariedades del poder que cometieron Evo Morales y la élite más cuestionada de su partido.² En los hechos, el MAS solamente construyó una nueva élite de clase media que aprovechó las influencias del poder estatal para enriquecerse a gran escala. El caso más lamentable fue lo sucedido en el Fondo de Desarrollo para los Pueblos Indígenas y Comunidades Campesinas, administrado por ambiciosos indígenas urbanos y campesinos que lograron desviar a cuentas personales cerca de 35 millones de dólares, por medio de proyectos fantasmas y una actitud hostil a la transparencia en las instituciones de la democracia (Ortiz, 2016: 41).

La dirigente campesina del MAS, Nemeicia Achacollo, ex ministra de Desarrollo Rural y presidenta del directorio del Fondo Indígena, está siendo juzgada por delitos de peculado, pero en más de una ocasión afirmó categóricamente que ese dinero “era de los indígenas” y éstos tenían todo el derecho a comérselo, si así lo decidían. Achacollo está también involucrada en una relación sentimental entre su hija de diecisiete años y Evo Morales, lo cual desató una serie de escándalos sobre la dinámica clientelar del MAS que trataron de ser justificados cuando se enarbola la ideología del indianismo, con el propósito de favorecer a ciertos dirigentes indígenas como si fuera una estrategia de compensación justa, aun cuando se cometieran actos de corrupción y abuso de menores de edad (El Espectador, 2012; Makaran, 2016).

Tras siglos de marginamiento, los indígenas habrían ganado el derecho a tomar el poder o ejercer cargos públicos, sin ningún cuidado respecto a la capacidad profesional o las conductas éticas. El clientelismo se convirtió en una habilidad para que, simultáneamente, se intercambien votos por obras y para la incorporación política de grandes masas anteriormente excluidas. Estas acciones no cambiaron la desigualdad estructural de la sociedad boliviana. No hay evidencia empírica para afirmar que el MAS y Evo promovieron una mayor representatividad política de

2 Despues de la caída de Evo Morales, el Tribunal Supremo de Justicia inició procesos por corrupción, peculado e incumplimiento de deberes a cerca de diez ministros de Estado, algunos de clase media profesional y otros indígenas; asimismo, todos se identificaron en algún momento con el llamado socialismo del siglo XXI y el indianismo, sobre todo al utilizar el discurso para reclamar el “derecho humano” de Evo Morales a la reelección indefinida; ésta era la única garantía para reconocer a Morales como el verdadero líder indio del continente (Kurmanae and Krauss, 2019). Los procesos judiciales, hasta la fecha, quedaron en nada, sin investigación exhaustiva, ni esclarecimiento de los hechos.

los sectores marginados, ni una mayor institucionalización del Estado en términos de legitimidad y consolidación de su capacidad integradora (V-Dem, 2020).

Fue también decepcionante que los sectores indianistas del MAS plantearan la “descolonización del Estado”, discurso que se convirtió solamente en una especie de excusa para alterar las normativas y romper los criterios mínimos de una gestión pública racional. En su lugar surgió con fuerza la imposición de visiones unilaterales y el autoritarismo exitista de creer que el MAS, los dirigentes indianistas y Evo jamás se equivocaban porque la injusticia solamente podía venir de la derecha y el capitalismo, pero nunca de las fuerzas revolucionarias del pueblo donde imperan las identidades indígenas. Así reprodujeron una sutil conducta de izquierda tradicional: ausencia de autocrítica y desprecio de los contrapesos institucionales para neutralizar los excesos del poder. Los hechos de corrupción desencantaron rápidamente a los sectores más optimistas del indianismo boliviano, creciendo con fuerza una demanda para que Morales no se presente a una cuarta reelección y, en todo caso, abandone el poder.

Otro efecto político fue la imposibilidad de reconstruir el escenario democrático mediante la eficiente implementación del Estado Plurinacional. Inicialmente se pensó que la República de Bolivia había llegado a su fin debido a su quiebra política y económica con las políticas de mercado, calificadas como neoliberales y asfixiantes para un país indígena en ruinas. Quiso introducirse una suerte de renacimiento con la aparente fundación de un Estado que se reconociera como el eje articulador de múltiples nacionalidades. Al mismo tiempo, se trató de reorientar el régimen democrático representativo para llevarlo hacia una supuesta democracia étnica, directa o participativa.

Si bien se aprobó una nueva Constitución Política en el año 2009 en la que se enaltecía al Estado Plurinacional, se trató de un documento indigenista que, en varios acápitres, destacaba un conjunto de planteamientos retóricos que nunca se cumplieron en la realidad, sobre todo por la existencia de una crisis institucional donde el estilo presidencial de Evo Morales se caracterizó por neutralizar las normas de control gubernamental en las grandes contrataciones de carreteras o adquisiciones millonarias de equipamiento. Casi todos los ministerios utilizaron la modalidad de “invitación directa” para favorecer a las empresas que ya tenían un contacto previo o gozaban del favoritismo político (Albro, 2007). El Estado Plurinacional fue, en el fondo, solo un discurso populista que interpeló a los sectores más pobres, a las comunidades rurales y a la prensa interna-

cional, pero no tuvo una institucionalidad verdadera, capaz de ir más allá del patronazgo que siempre predominó en las decisiones políticas.

En los catorce años de gobierno de Morales (2006-2019), un 90% de los contratos que realizaron las entidades del Estado con particulares, ya sea para la compra de equipos, provisión de insumos o construcción de infraestructura, se los realizó a través de decretos supremos, invitación y/o adjudicación directa de las empresas, tanto nacionales como transnacionales sin previa licitación pública, y menos por concurso de méritos, pues el acceso a la información en estos negocios fue prácticamente cero. Las compras directas alcanzaron a 3.000 millones de dólares entre 2006 y 2016. Al menos 31 compañías internacionales ejecutaron en el año 2016 un total de 51 proyectos por 5.630 millones de dólares, preparando el terreno para la carrera electoral de Evo y obligando al Tribunal Constitucional a encontrar una interpretación jurídica que avale su repostulación (Zavala, 2016).³ El objetivo era aumentar la inversión pública para hacer

3 Según estimaciones del Banco Mundial, anualmente Bolivia pierde 2.570 millones de dólares debido a la corrupción estatal. De esta suma, 400 millones de dólares se desvían por el contrabando y 550 millones por la evasión de impuestos. (Vacafloros, 2006). Asimismo, las múltiples denuncias de corrupción que involucra a la cúpula del MAS están relacionadas con el programa gubernamental “Bolivia Cambia, Evo Cumple” de la Unidad de Proyectos Especiales (UPRE), que dependía del Ministerio de la Presidencia. De esta manera destaca el hecho ligado a 33 camiones de contrabando del ex Ministro de la Presidencia Juan Ramón Quintana, quien también fue asesor del Ministerio de Defensa durante el gobierno del ex dictador Hugo Banzer Suárez (1997-2000). Quintana se graduó de la Escuela de las Américas en los Estados Unidos y fue un operador de inteligencia, especializado en complotos entre 2009 y 2019. Por otro lado, aparece la relación de Evo Morales con Gabriela Zapata, una joven militante del MAS; esta relación desató el tráfico de influencias con la empresa china CAMC. Zapata era la ejecutiva de contacto para conseguir contratos por el valor de 500 millones de dólares. A su vez, el ex Vicepresidente, Álvaro García Linera, fue reiteradamente cuestionado por mentir sobre la obtención de su título profesional, así como por la compra de su libreta de servicio militar. Los favoritismos para sus parientes dieron lugar a otro escándalo porque estos dotaban de refrigerios por medio de la empresa Air Catering a línea aérea estatal BOA. El ex presidente de YPFB, Carlos Villegas armó una red de corrupción para favorecer a una allegada con quien tenía algún tipo de relación sentimental. En YPFB sucedieron también otros hechos de nepotismo que relacionan al ex diputado Manuel Morales Dávila, ex candidato a la Prefectura de La Paz y a sus hijos: Manuel Morales Olivera, dueño de una imprenta que, sin la más mínima formación universitaria, llegó a ser también presidente de YPFB, donde realizó contratos fraudulentos con varias transnacionales. Otras hijas de Morales Dávila se beneficiaron de oscuros favores como parte de la “élite esclarecida” del partido; así destaca Marcia Morales Olivera que llegó a ser presidenta de la Aduana Nacional y la ex Ministra de Desarrollo Productivo, Teresa Morales Olivera, que fue denunciada por la quiebra de la empresa estatal de textiles Enatex (Cf. Zavala, 2016; Wickberg, 2012).

creer que se vivía en un auge económico, cuando lo que existía era un desorden fiscal y una crisis profunda de la economía petrolera que dejó al país sin dólares en el año 2025, con un déficit fiscal de más del 70% del Producto Interno Bruto (PIB) y una deuda externa insostenible.

El sueño por instaurar el Estado Plurinacional terminó en un discurso solamente grandilocuente que no contrarrestó la economía extractivista, el Estado rentista y el populismo electoral al cual Evo Morales se acostumbró, por medio de la entrega de dobles aguinaldos al sector público y privado, transferencias directas a sectores pobres con bonos de apenas sesenta dólares y el gasto dispendioso de 54 mil millones de dólares que representó la enorme renta petrolera entre 2006 y 2014 (Morales, 2020).

La crisis del Estado y el fantasma del Estado fallido

La crisis estatal más profunda llegó cuando Evo Morales desafió a la opinión pública y convocó a un referéndum para legitimar su permanencia en el poder. Supuso que iba a ganar ampliamente, pero fue derrotado en febrero de 2016. La población decidió no modificar el artículo 169 de la Constitución con el propósito de frenar una cuarta postulación a la presidencia. Evo Morales se negó a aceptar el resultado y lo calificó como el Referéndum de la Mentira porque, en su criterio, no era democrático reducir la duración del mandato presidencial, cuando se consideraba a sí mismo como la condensación de la identidad india, en medio de un proceso de revolución cultural sin fin. En noviembre de 2017, sus asesores en el Poder Ejecutivo exigieron al Tribunal Constitucional la aprobación de una resolución extraordinaria que autorizara su reelección con carácter indefinido.

Así fue cómo Evo Morales dirigió el sistema político hacia un rumbo autoritario. Según él, la democracia era inviable sin su presencia y sin la posibilidad de instaurar un sistema electoral de partido único donde el MAS representaría el actor hegemónico y exclusivo de la democracia multicultural. Evo era el sujeto trascendente que articularía la identidad del Estado Plurinacional.

Hoy, Bolivia enfrenta una crisis profunda que trasciende lo económico o lo político coyuntural. Lo que está en juego es la viabilidad misma del Estado como forma institucional de organización del poder. Las tensiones acumuladas durante los 20 años de gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS) han erosionado gravemente las capacidades estatales,

han debilitado la legitimidad institucional y promovido un tipo de gobernabilidad, sustentada más en la lógica del clientelismo que en la fortaleza infraestructural del Estado. Frente a esta realidad, la pregunta ya no es si Bolivia atraviesa una crisis, sino si se está deslizando —o si ya se deslizó— hacia una forma de Estado fallido.

Esta preocupación no es exclusiva de Bolivia. Incluso Noam Chomsky, el famoso lingüista y politólogo, ha planteado que los Estados Unidos, con su colapso moral, violencia estructural y crisis institucional, puede ser considerado un Estado fallido (Chomsky, 2006). Pero en el caso boliviano, el diagnóstico adquiere una característica particular: la persistencia histórica de la pobreza, la exclusión estructural, la debilidad de las instituciones y el uso instrumental del poder estatal en contra de los intereses de la sociedad civil, han dado lugar a una forma de gobierno que devora las capacidades del propio Estado que dice representar.

En este artículo, proponemos una interpretación crítica del “fantasma” del Estado fallido en Bolivia, integrando las nociones de razón de Estado y de poder infraestructural, a partir de los planteamientos del sociólogo británico, Michael Mann (Mann, 1984), como elementos clave para pensar posibles rutas de recuperación estatal.

En 20 años de gobierno, el Movimiento Al Socialismo (MAS), ha estimulado la paradoja del Estado fuerte en lo simbólico y débil en lo infraestructural. Durante el periodo 2006-2025, especialmente bajo el liderazgo de Evo Morales, el Estado boliviano pareció recuperar una centralidad simbólica y discursiva. Se proclamó el nacimiento de un Estado Plurinacional, se reescribió la Constitución y se intentó refundar la república desde una matriz ligada a la identidad indigenista. Sin embargo, en la práctica, el Estado no se fortaleció como aparato infraestructural.

Según Michael Mann, el poder infraestructural es la capacidad del Estado para penetrar efectivamente la sociedad civil, para coordinar la vida colectiva desde su interior, sin necesidad de una coerción constante. En Bolivia, esa capacidad nunca fue plenamente desarrollada. Lo que ocurrió con el MAS fue, más bien, una expansión del poder despótico: el control centralizado sin regulación institucional, en detrimento de la institucionalidad estable.

Las instituciones fueron instrumentalizadas, los recursos públicos cooptados y los sistemas de justicia, educación, salud y planificación económica, fueron subordinados a un proyecto de concentración del poder. El resultado es un Estado que creció en tamaño, pero no en eficacia, que distribuyó rentas extractivas, pero no construyó capacidades, que creó

símbolos, pero erosionó procedimientos en los contrapesos institucionales para evitar los abusos del poder.

La paradoja es dura y lamentable: el MAS se proclamó como restaurador del Estado y en la práctica contribuyó, decisivamente, a su descomposición funcional. Por lo tanto, el Estado fallido es un concepto incómodo pero necesario. Hablar de “Estado fallido” implica riesgos. El término ha sido usado con fines intervencionistas, o para justificar procesos de colonización política en nombre de la gobernanza. Sin embargo, desde un enfoque crítico, la categoría puede ser útil para nombrar ciertos procesos reales: la pérdida del monopolio legítimo de la fuerza, la incapacidad para garantizar bienes públicos básicos, el colapso del sistema judicial, la desafección ciudadana, la captura institucional y el desgobierno territorial, problemas estructurales que se agigantan con el discurso populista para difundir una estabilidad, cuando lo que se arrastra es una profunda crisis del Estado.

Bolivia reúne hoy varios de estos síntomas: a) justicia subordinada y corrupta, sin independencia funcional; b) sistema educativo fragmentado, con débil capacidad formativa y poco control de calidad; c) Estado paralizado frente al crimen organizado en regiones como el Chapare o el norte amazónico (Pando y Beni); d) crisis energética y económica, que revela la ausencia de una previsión estatal efectiva para proteger los ingresos hidrocarburíferos; e) erosión del sistema de partidos, convertidos en maquinarias personales o en satélites del poder; f) ciudadanía desmovilizada o radicalizada, pero sin mecanismos estables de mediación institucional.

La institucionalidad democrática está desmoronándose todo el tiempo. Y ante cada intento de restaurarla, en el periodo 2006-2025, Evo Morales ha respondido con el sabotaje o el chantaje populista. El voto nulo, promovido por Morales en las elecciones presidenciales de agosto de 2025, no es un gesto de resistencia, sino de demolición: un intento de dinamitar el sistema democrático desde adentro.

Noam Chomsky advirtió que los Estados fallidos no son una anomalía periférica. Incluso Estados que se presentan como modelos democráticos (Estados Unidos, por ejemplo), pueden caer en formas de disfuncionalidad sistémica: violencia estructural, racismo institucionalizado, políticas exteriores caóticas y captura corporativa del Estado.

Este enfoque sirve para desideologizar el concepto de Estado fallido. No se trata de señalar a los países “atrasados” o “subdesarrollados”, sino de observar hasta qué punto el poder político se desvincula de su responsabilidad institucional.

En Bolivia, el Estado fallido no es un accidente, sino una “consecuencia” del populismo indianista. Una consecuencia de haber despreciado sistemáticamente la noción de razón de Estado, es decir, de esa idea clásica que pone el bien común, la estabilidad institucional y la continuidad republicana, por encima del capricho personal o la lealtad clientelar.

Frente al riesgo del colapso estatal, la única salida es retomar una lógica de reconstrucción institucional, que implica devolver al Estado su poder infraestructural. Esto significa reconstituir un aparato público meritocrático, con burocracia profesional y no partidaria. Es fundamental fortalecer la capacidad regulatoria del Estado frente al capital privado y al narcotráfico. Se deben garantizar servicios públicos universales y sostenibles como educación, salud y justicia. Es necesario articular un nuevo pacto territorial, con autonomía funcional, pero sin anarquía ni corporativismo. Se debe reconstruir la confianza ciudadana en las instituciones, lo que solo será posible si el Estado deja de ser percibido como botín de guerra, o amenaza en contra de la sociedad.

La razón de Estado no es un eslogan tecnocrático, sino una necesidad histórica. Bolivia necesita un Estado fuerte, no autoritario, sino eficaz. Fuerte en capacidad, no en propaganda. Fuerte en legitimidad, no en retórica sobre las identidades indianistas o indigenistas, que fue lo estimulado por el populismo de Evo Morales.

El fantasma del Estado fallido recorre Bolivia. No es un mito ni una exageración; es una advertencia. La descomposición institucional no se detendrá con discursos, ni con elecciones aisladas como las presidenciales de agosto de 2025, ni tampoco con la salida momentánea de un caudillo. Se necesita una refundación republicana desde la razón de Estado y no desde el autoritarismo populista.

El sistema político debe recuperar su vocación de orden, justicia y previsibilidad. Esto requiere dejar atrás el evismo, no solamente como figura política, sino como cultura de poder: esa lógica de desinstitucionalización permanente, de impunidad como norma y de caos como estrategia. Bolivia aún tiene una oportunidad, pero, como decía Michael Mann, el poder del Estado no se mide por lo que dice, sino por lo que “realmente puede hacer”; y este es el principal desafío en el Bicentenario (1825-2025): la reconstrucción de un Estado no fallido, sino con nueva legitimidad y razón de ser para retomar el control democrático.

Conclusiones

Evo Morales fue vencido por los profundos problemas de gobernabilidad, por sus contradicciones como líder de un populismo indianista cuyos códigos de interpellación dejaron de funcionar, y por una estrategia que ya no pudo preservar los criterios de orden político democrático. Una de las paradojas de la democracia boliviana consiste en aquel vaivén que va de la superación de todo tipo de exclusiones, hacia la aceptación de presiones, demandas y conflictos que son sumamente desestabilizadores con tendencia a la destrucción del mismo sistema democrático. El populismo indianista buscó siempre un enemigo: una razón para la polarización, y terminó sepultado por las demandas de democratización que la ciudadanía exigió, luego del intento de fraude electoral en noviembre de 2019.

Los mensajes ideológicos del populismo indianista de Evo Morales caducaron y mostraron la necesidad de construir y proteger el orden democrático, imaginando formas de control de la ingobernabilidad y proponiendo la negociación para desbaratar los conflictos más perjudiciales que, con el pretexto de la participación indígena, buscaron prolongar demasiado un modelo clientelar e ineficiente de administración estatal. Aquí destaca el accionar de los campesinos cocaleros vinculados con la economía del circuito coca-cocaína y aquellos dirigentes indígenas que perecieron, ligados a la corrupción, como fue el caso del Fondo Indígena.

Actualmente, la sociedad civil boliviana busca reorganizar las elecciones presidenciales, considerando la construcción de un centro equilibrador sobre la base del impulso de la modernidad política como criterio ideológico para rescatar la democracia representativa. El discurso indianista se desgastó. Hoy en día, el sistema político busca domesticar los problemas de ingobernabilidad, pero no desde un modelo retórico, sino asumiendo algunos riesgos sobre cómo manejar la presión de los intereses y actores corporativos, cómo gobernarlos, cómo actuar dentro de un proceso político que sobreviva a los miedos históricos del racismo y al indianismo como fundamento del clivaje étnico-cultural permanente y destructivo.

La alternativa al populismo indianista necesita tender puentes para una auténtica reconciliación, superando las concepciones del colonialismo y las actitudes racistas. Sin embargo, tampoco es posible pensar ingenuamente que va a reemplazarse la Bolivia pre-moderna por otra impecablemente post-moderna. La izquierda marxista e indianista en Bolivia nunca representaron ninguna opción para lograr una mejor democratización.

Finalmente, la conmemoración de los cuatro años que pasaron desde el 21 de febrero de 2016, cuando en el Referéndum se dijo no a la reelección de Evo, mostró que, en las principales capitales de todo el país, la sociedad salió masivamente a las calles para reivindicar que su voto sea respetado. Morales menospreció estas marchas y bloqueos, reprimió las manifestaciones y volvió a plantear que nadie podía violar su derecho humano a ser reelegido. Sin embargo, el Tribunal Constitucional que aprobó la reelección, dejó claro que el MAS estaba dispuesto a idear las más absurdas justificaciones para forzar su permanencia en el poder. Con estos antecedentes, la suerte ya estaba echada en el intento de fraude electoral del año 2019, momento en que Evo Morales tampoco dio su brazo a torcer, empujando al país hacia una escalada de violencia.

Sin embargo, desde diciembre de 2019 hasta abril de 2020, se retomó cierta gobernabilidad y Bolivia transitó hacia nuevas elecciones presidenciales donde, extrañamente, volvió a ganar el MAS con Luis Arce Catacora como candidato presidencial. Con la duda sobre nuevos fraudes en las elecciones, Arce fue elegido presidente y hundió al país todavía más en una espiral de crisis económica, inflación, ausencia de dólares y colapso de la renta petrolera.

Entre 2020 y 2025, el populismo indianista, junto con el desarrollo de una política leninista, demostraron, una vez más, haberse equivocado por completo, tanto en su desprecio por la espontaneidad de las masas para derrocar a Evo, como en la idealización de una élite partidaria favorecida. Evo era plenamente reemplazable porque, además, así estaba previsto en la Constitución y en las raíces mismas del sistema democrático. Por último, el MAS se dividió y autodestruyó desde adentro, de manera que Evo Morales desapareció y su legado fue, nuevamente, instrumentalizado por la ineficiencia y una mayor crisis estatal y económica a cargo de Arce Catacora, el enemigo de Evo y del mismo MAS, que terminó por despedazar, absolutamente, la ilusión del Estado Plurinacional.

Bibliografía

- Albo, Xavier y Barrios, Raúl (coord.) (1993). *Violencias encubiertas en Bolivia, cultura Política*, Vol. I. La Paz: CIPCA/Aruwiyiri.
- Albro, Robert (2007). “Indigenous politics in Bolivia’s Evo Era: clientelism, llunkerío, and the problem of stigma”. *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*, 36 (3), 281-320.

- Castañeda, Jorge G. (2019). “¿Qué sucedió realmente en Bolivia?” *Project Syndicate*, 9-11-2019. Disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/downfall-of-evo-morales-not-a-coup-by-jorge-g-castaneda-2019-11/spanish?barrier=accesspaylog>.
- Chomsky, N. (2006). *Failed states: The abuse of power and the assault on democracy*. New York: Metropolitan Books.
- Di Tella, T. S. (1965). *Populismo y reforma en América Latina*. Buenos Aires: Instituto.
- El Espectador (2012). “Ministra boliviana niega que su hija tenga un bebe con Evo Morales.” Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/actualidad/ministra-boliviana-niega-su-hija-tenga-un-bebe-evo-mora-articulo-366596>.
- Farthing, Linda (2019). “An Opportunity Squandered? Elites, Social Movements, and the Government of Evo Morales”. *Latin American Perspectives*, 46 (1), 212-229.
- Germani, G. (1978). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Ianni, O. (1975). *La formación del populismo en Brasil*. México: Siglo XXI Editores.
- Knight, A. (1998). “Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico”. *Journal of Latin American Studies*, 30(2), 223-248.
- Kurmanov, Anatoly & Krauss, Clifford (2019). “Ethnic rifts in Bolivia burst into view with fall of Evo Morales”. *The New York Times*, 17-11-2019. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/11/15/world/americas/morales-bolivia-Indigenous-racism.html>.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Levi, Margaret (1998). “Modeling complex historical processes with analytic narratives”, en Bates, R.H., Greif, A., Levi, M., Rosenthal, J.L. y Weingast, B.R. (eds.). *Analytic narratives* (pp. 1-20). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Mansilla, H.C.F. (2014). *Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización*. La Paz: Rincón Ediciones.
- Makaran, Gaya (2016). “La figura del llunk'u y el clientelismo en la Bolivia de Evo Morales”. *Antropologías del Sur*, 3 (5), 33-47.

Mires, Fernando (1994). *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.

McDermott, Jeremy (2014). “Bolivia: el nuevo epicentro del narcotráfico en Suramérica”. *Insight Crime, Investigaciones y Análisis de Crimen Organizado*. Disponible en: <https://es.insightcrime.org/investigaciones/bolivia-nuevo-epicentro-narcotrafico-suramerica/>.

Morales, Juan Antonio (2020). “The economic challenges facing Bolivia’s next government”. *Americas Quarterly*, 7-1-2020. Disponible en: <https://www.americasquarterly.org/content/economic-challenges-facing-bolivia-s-next-government>.

Navia, Roberto (2015). “Tribus de la inquisición”. *El Deber*. Disponible en: https://eldeber.com.bo/40882_tribus-de-la-inquisicion.

Nord, M., Altman, D., Angiolillo, F., Fernandes, T., Good God, A. y Lindberg, S.I. (2025) *Democracy Report 2025: 25 Years of Autocratization – Democracy Trumped?* Gothenburg: V-Dem Institute, University of Gothenburg.

Mann, M. (1986). *The sources of social power: Volume 1: A history of power from the beginning to A.D. 1760*. Cambridge: Cambridge University Press.

O’Grady, M.A. (2019). “Morales made Bolivia a narco state”. *The Wall Street Journal*, 17 de noviembre. Disponible en: <https://www.wsj.com/articles/morales-made-bolivia-a-narco-state-11574018858> (Accedido: 28 de octubre de 2025).

Organización de Estados Americanos (OEA) (2019). *Ánalisis de integridad electoral: Elecciones generales en el Estado Plurinacional de Bolivia, 20 de octubre de 2019*. Secretaría para el Fortalecimiento de la Democracia. Disponible en: [https://www.oas.org/es/sap/deco/informe-bolivia-2019/0.1%20Informe%20Final%20-%20Analisis%20de%20Integridad%20Electoral%20Bolivia%202019%20\(OSG\).pdf](https://www.oas.org/es/sap/deco/informe-bolivia-2019/0.1%20Informe%20Final%20-%20Analisis%20de%20Integridad%20Electoral%20Bolivia%202019%20(OSG).pdf) (Accedido: 28 de octubre de 2025).

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2018). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo: Fomentando la resiliencia climática en aras de la seguridad alimentaria y la nutrición*. Roma: FAO/FIDA/UNICEF/PMA.

Ortiz Antelo, Oscar (2016). *Ánalisis de las responsabilidades en el mal manejo y la corrupción del Fondo Indígena*. Informe de Fiscalización del Senador Oscar Ortiz, Santa Cruz.

_____ (2017). *Informe de fiscalización. Análisis de la gestión. Unidad de Proyectos Especiales-UPRE, “Programa Bolivia Cambia” (2011-2015)*. Informe del senador Oscar Ortiz, Santa Cruz.

Panizza, F. (Ed.). (2005). *Populism and the mirror of democracy*. London: Verso.

Reinaga, Fausto (1969). *La revolución india*. La Paz: Ediciones del Partido Indio de Bolivia.

Vacaflor León, Eduardo G. (2006). “El actual Gobierno y la corrupción”. *El Diario*, 24 de febrero, p. 12.

Varieties of Democracy (V-Dem) (2020). *Bolivia, clientelism index*. Global Standards, Local Knowledge. Disponible en: <https://www.v-dem.net/en/analysis/CountryGraph/> (Accedido: 28 de octubre de 2025).

Wanderley, Fernanda (2018). “Extractivismo y traición a los pueblos indígenas del TIPNIS”. *Cuestión Agraria*, vol. 4, julio de 2018, pp. 181–201.

Wickberg, Sofía (2012). *Overview of corruption and anti-corruption in Bolivia*. U4 Expert Answer No. 346. Transparency International. Disponible en: https://www.transparency.org/files/content/corruptionqas/346_Overview_of_corruption_in_Bolivia.pdf (Accedido: 28 de octubre de 2025).

Zavala Castro, L. (2016). “Masiva corrupción y desfalco de recursos en el Fondo de Desarrollo para los Pueblos Indígenas Originarios y Comunidades Campesinas (FDPPIOYCC – Fondioc)”. Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional de Humanidades y Ciencias Políticas, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, 16 de septiembre.